

AL FINAL
UNO TAMBIÉN MUERE

ROBERTO VALENCIA

**AL FINAL UNO
TAMBIÉN MUERE**



Primera edición: abril, 2019

© del texto: Roberto Valencia, 2019

© de la presente edición: Editorial Humbert Humbert, S.L., 2019

Ilustración de cubierta: Alejandra Acosta

Publicado por La Navaja Suiza Editores

Editorial Humbert Humbert, S.L.

Camino viejo del cura 144, 1.º B, 28055 – MADRID

<http://www.lanavajasuizaeditores.com>

Impresión: Gráficas la Paz

Impreso en España – Printed in Spain

ISBN: 978-84-120089-0-6

Depósito legal: M-10507-2019

IBIC: FA

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de la obra.

ÍNDICE

1. Todo se terminaba	13
2. No me gusta Buenos Aires	79
3. Todo se terminaba	101
4. Los cuadernos rojos, el cuaderno verde y el cuaderno amarillo	155
5. Todo se terminaba	179
6. Estoy ordenando las sombras de la pared	239

«Al final uno también muere una vez,
pero de momento a uno mismo no le ha tocado»

MARTIN HEIDEGGER, *Ser y tiempo*

I. TODO SE TERMINABA

El cuaderno rojo, I. Mi madre se tropezaba al entrar en las cafeterías. De tal modo que mi hermana y yo nos retrasábamos un poco para verlo mejor, o le abríamos la puerta mientras le preguntábamos sobre cualquier tema que le preocupara, y aunque no siempre se iba al suelo, se desequilibraba tanto que todos los clientes la miraban. En realidad, solo se caía una de cada cuarenta entradas y cuando recuperaba la verticalidad nos amenazaba. Decía: «Me pasé la adolescencia descargando contenedores en el puerto y ahora me toca aguantar vuestras mofas». Y: «Si tuvierais un padre medio decente esto nunca ocurriría».

Por supuesto, nos castigaba. Llamaba al chico y le pedía un café junto con el mayor número de bolas de helado que cupieran en una copa mediana, y mientras las devoraba nos retaba a que la provocáramos de nuevo. Nadie en la familia tuvo noticias de que el trabajo en el puerto hubiera dejado secuelas en su espalda o en sus articulaciones, como no sea esa insistencia en recordarnos a cada momento la dureza de una obligación que asumió para ayudar a su padre, pero nosotros insistíamos en provocar sus tropezones, y era así como empezaban las tardes de los sábados. No bien estábamos sirviendo el postre de la comida en casa, ella ordenaba

que nos pusiéramos los zapatos. Si mi hermana empezaba a lavarse los dientes, irrumpía en el baño con el abrigo puesto, le arrebatava el cepillo y la empujaba al ascensor. De camino a Ángel Gallardo, o donde fuera, mi hermana, ya adaptada al frío de la calle, le preguntaba a mamá cuál era el último número de todos y si era cierto que cuando nacíamos era porque nos habíamos muerto en otro lugar, otra dimensión de la preexistencia donde viviríamos en un estado material típico. Mamá nunca respondía. Se llevaba el cigarro a la boca y apretaba el paso y entonces, invariablemente, mi hermana le preguntaba si lo que íbamos a consumir en la cafetería debíamos de considerarlo el postre en sí mismo, la continuación del mismo concepto de postre que habíamos abandonado en el plato en el comedor de la casa o si se trataba de la merienda. Mamá la eludía, pero mi hermana le cerraba el paso en la avenida y repetía las alternativas. «Opción a: el postre. Opción b: la otra mitad del postre. Opción c: la merienda del sábado».

Aquella tarde de la primera vez que mamá jamás me relató o me relató por fragmentos, nuestros movimientos fueron estos: mamá nos castigó porque tropezó con el segundo escalón de la cafetería y a punto estuvo de romperse el codo —es lo que dijo—, y después nos avisó de que, en cuanto terminara con ese helado tan dulce y tan refrescante, visitaríamos a papá en la sastrería. Yo estaba un poco perturbado, me había pasado la mañana mirando la tele, donde no dejaban de pasar noticias de terroristas suicidas: bombas que explotaban en las papeleras del metro de París, evacuaciones, cordones policiales, etc. Lo recuerdo porque me impactó que la pretensión de ese plan consistiera en el asesinato a discreción de franceses, sin importar la edad ni que el techo del metro

se desplomara sobre los ferrocarriles –era lo que me venía a la cabeza mirando los cordones policiales– ni que la ciudad fuera succionada por el derrumbe. Así que el aviso de mamá me sentó mal, digámoslo así. Peor que de costumbre. «Nos escamoteas el postre, o el medio postre, y ahora nos llevas donde papá», se quejó mi hermana, y el sentido del lamento era que a ninguno de los dos nos entusiasmaba la idea de que nos metiera toda la tarde en la sastrería.

Bien, tengo que aclarar que en absoluto considerábamos una mala idea ver a papá. Una mala idea en sí misma, quiero decir, en opinión de nosotros dos; tampoco lo era en opinión de mamá, porque incluso ella lo echaba de menos. Las noches que faltaban voluntarios para recoger la cocina, se acordaba de que a papá nunca le importaba hacerlo, al tiempo que insistía en que no consideraba a su marido el sustituto humano del friegaplatos –«de la lavadora pequeña», decía mi hermana–; era que, según ella, las exigencias domésticas del día a día activan el recuerdo de los buenos momentos. Esta teoría suena bien, convincente, al menos, y también se la escuchábamos en relación con la limpieza del horno y con la plancha («solo un buen sastre te mata bien matadas las arrugas»). Sigo: encontrarnos con papá lo considerábamos una idea de mediano interés, pero el problema no era ese, sino que nosotros, en la práctica, percibíamos a nuestro padre como a ese jugador de fútbol al que le sacan tarjeta roja al principio del partido. Así que no nos animaba una visita traumática. Es decir: reorientarnos en Buenos Aires, buscar la galería –nunca la encontrábamos en mitad de esa cuadrícula de calles que siempre se desplazaba–, llamar a la puerta, fingir que nos conmovía su sorpresa y adentrarnos cabizbajos

en aquel local en penumbra, diciendo «hola, papá» con una emoción tan raquítica que ni siquiera vibraría superficialmente en nuestro corazón. Y después, cómo no, asistir al cruce de reproches entre ellos dos.

Entonces mi hermana trazó uno de sus movimientos frenéticos. Mi madre estaba rebañando la copa de helado, la situación propicia para que se levantara, agarrara el abrigo, esquivara las mesas y las sillas y también a los camareros, y nos retara desde la acera, con una mímica bien patosa aunque nítida a que la alcanzáramos.

Mamá se quedó mirando el tráfico a través del cristal, resignándose a que la figura descoyuntada de mi hermana se disolviera en el humo del tráfico, y llamó al chico. «Me hace el favor de traer otro café», pidió con un aire como de viuda digna, como de aristócrata herida en el punto más distinguido de su honor, y cuando la taza llegó a la mesa le dijo al chico que había pedido un coñac. No era habitual que mi madre se colgara del alcohol, así que dejó la copa a su aire en la mesa, como si fuera una mascota. Estaba claro que la ira estaba formando un montón en su interior, no un montón que se distribuyera homogéneamente por su cuerpo sino uno acumulado en el mismo sitio. Le dije que si estaba esperando a que la copa de coñac levantara la patita o se tumbara panza arriba estaba lista. Ella me miró, ya con mucha ira, se veía en la temperatura de su cara y en la abertura de sus ojos, y esto a mí me daba pavor, la ira de mamá, capaz de tirarte de la silla sin alzar un solo dedo —también es cierto que la presencia del coñac, a ella, tan poco habituada a los licores, la estaba perturbando—. «¿Qué se supone que tengo que hacer ahora?», dijo, y yo le hubiera propuesto que pusiera un arito

delante de la copa para ver si lo saltaba, pero creo que, después de todo, no abrí la boca y estos pensamientos me los estoy inventando porque, bueno, porque uno va acompasando su inteligencia —o su capacidad para entrometerse o para perturbar— al clímax de su propio relato. Lo cierto es que mi madre ahuecó las manos y anidó la copa en el centro y después, en vez de optar por lo reglamentario, que hubiera sido lanzar su contenido garganta abajo, lo bebió a sorbos, dejando que el regusto a tronco viejo y perfumado calentara sus encías. Hizo eso, todavía derrochando dignidad, y también se tocaba la punta de la lengua con los dedos, como para pasar las páginas de un periódico.

«Nos vamos», ordenó. Apenas salimos a la calle, llamó a un taxi y pidió que nos llevara a cualquier bar de Chacarita. No dijo: un tugurio; ni dijo: un local en el que el humo tenga la densidad de las sillas y donde sirvan ginebra a precio de insecticida. Dijo: cualquier bar que repudie a los turistas, y el taxi paró en avenida Warnes. Entramos en un local bastante oscuro que se llamaba Le Mans, que tenía máquinas tragaperras en las esquinas y una pila de paquetes de tabaco de diferentes colores detrás de la barra. Mamá pidió otro coñac, nos sentamos y creo que el ambiente la estaba intimidando porque en cuanto se consumía su cigarro, encendía otro con la colilla del anterior. Solo veíamos hombres. Un montón de hombres desocupados que se apoyaban en la barra y desprendían una somnolencia que no podía causarla solo una vida malograda en los andamios. Iban vestidos de sábado, digámoslo así, con el disfraz del día festivo, combinando cazadoras abombadas de falso cuero con pantalones de tergal baratos, y si te acercabas a ellos probablemente detectarás su

colonia para bebés. Miraban el televisor, fumaban puros baratos forrados con papelitos blancos y no se daban codazos para advertirse de la anomalía que mamá y yo representábamos en aquel ecosistema, porque ese era el código con el que se comunicaban y que explicaba los empujones cortos y los abrazos que se regalaban en medio de una evidente apatía. Enseguida quedó claro que mamá no tendría ninguna oportunidad de interactuar con ellos. Me envió a la barra para buscar un batido de chocolate y siguió tocándose la punta de la lengua. «Esto es un hombre, al parecer», murmuraba cuando regresé. «Esto es lo que hacen los hombres. Lo que sienten, lo que fabrican en el tiempo en que la soledad los exime de medirse con las manías de una mujer».

A lo mejor lo que mi madre buscaba en ese local eran hombres en mono de trabajo, con el peto echado a perder por un archipiélago de grasa; hombres de manos enormes apestando a plomo o a pintura industrial o a cáncer de pulmón; hombres ajenos al olor de la laca —ácido, pero agradable a pesar de todo— de la peluquería en la que mi madre invirtió, uno a uno, los mejores años de su vida. Hombres duros, fuertes, consistentes. Así que salimos de ese bar y entramos en otro que se llamaba El Danubio o El Rin y que estaba como a treinta metros del anterior, y pedimos lo mismo, un coñac y un batido de chocolate, y el camarero debió de percibir nuestro aburrimiento porque nos prestó una baraja de cartas. Allí se produjo la misma epifanía, el local lo llenaban hombres que nunca cerrarían negocios importantes ni caminarían sobre el alambre de lo temerario, hombres a los que ni siquiera un adversario les haría el favor de abrirles una miserable cicatriz de tres centímetros en el cuello. El suelo

estaba devorado por la lejía, la luz renunciaba a abrirse paso y machos distintos pero idénticos a los anteriores bebían con el pie izquierdo adelantado contra la barra. Mientras duró el coñac, mamá los miró a todos, de uno en uno y por grupos, sin disimulo, convirtiendo la inspección en una misión personal y decidiendo que esa manada de machos era la referencia con la que tenía que comparar su propia vida. Después dijo que mi padre, que jamás salía de la sastrería sino para cobrar facturas en barrios más pobres que el nuestro, perfectamente podría formar parte de la manada. «Lo aceptarían sin condiciones», añadió. «A puro abrazo. Y celebraríamos con ellos nuestro aniversario de boda», y entonces sentí el impulso de preguntar por qué estábamos allí, y creo que hasta lo hice porque mamá dijo que no buscaba una seducción ni pretendía dejar claro que, aunque no grandiosa, se abría una distancia entre la mujer de un sastre emancipada e inteligente, y cualquiera de esos peones sin dientes a los que nadie había enseñado a leer. No se había propuesto observarlos ni imitarlos, nada de escupir en el suelo ni apostarse el salario en una partida de cartas. Estábamos allí para asumir que, a una mujer de cuarenta y cuatro años, que vivía en un barrio proletario de Buenos Aires y que había visitado el borde del precipicio, la ciudad ya no le ofrecía horizontes. El límite o el umbral o el fin de todas las expectativas siempre había quedado demasiado cerca, eso dijo, y entonces yo, que nunca echaba de menos a mi hermana, la añoré, porque sé que en ese momento, a pesar de que tampoco ella estaría entendiendo lo que mamá decía, la habría fulminado con la mirada y le habría pedido que aclarara si teníamos que considerar esa declaración tan enigmática una conclusión, un lema o un manifiesto personal de consecuencias futuras.

Entonces salimos de El Danubio y entramos en el siguiente local, que se llamaba Rex y daba comidas. Mamá pidió su cuarto coñac y me enseñó la carta. «No estemos dos horas mirando los platos», advirtió, y yo empecé por descartar las comidas que no entrarían en mi boca ni en caso de chantaje extremo, y también las dudosas. Descarté cualquier tipo de ensalada y de tubérculo, todos los guisos –en realidad allí no cocinaban guisos pero yo me preparaba para cualquier situación– y lo que contuviera la palabra entraña y la palabra maíz y la palabra zanahoria, y después de la barrida le dije a mi madre que me conformaría con una salchicha. «¿Ves?», añadí. «El hecho de que tenga reparos para comer casi cualquier cosa nos ahorra la angustia de la elección». Entonces me desplomé sobre la mesa. Bum, una caída rápida del cuello y los ojos totalmente cerrados. Según me contaría después mamá, me cubrió con su abrigo y me abofeteó las mejillas, primero con suavidad y después con ira, pero un tipo grande que llevaba una camiseta de baloncesto se acercó a nuestra mesa para preguntar si yo me había muerto. Esta intromisión debió de sonar tan rotundo, sin matices intermedios ni sutilezas, sin la cortesía o el retardo que cualquier tragedia exige para su asimilación, que mi madre le acusó de entrometerse en nuestras vidas. El tipo respondió que jamás había visto a un niño muerto, y también debió de añadir algo como «parece acabado» o «no hace falta trabajar en una funeraria para ver que está ganando las medidas de su ataúd».

Mi madre lo negó, en modo alguno era la muerte lo que se había presentado allí, y eso que a cualquiera que hubiera estado atento le habrían parecido espasmos o estertores, correspondía, en realidad, a otro tipo de fenómeno biológico

más sofisticado. Fue lo que dijo, «ustedes no saben nada de niños y de familias porque su única proeza desde que obtuvieron el carné de conducir ha sido formar la cuadrilla y contabilizar las veces que la pelota franquea la línea blanca». Pero el tipo de la camiseta de baloncesto no nos dejaba. Debíó de quedarse petrificado, mirándome e insistiendo en que deshacer el malentendido –si es que lo había– resultaba muy simple: él mismo se ofrecía a tirarme un vaso de agua en la cara. También añadió que sentía apuro porque ese tipo de humillaciones las reservaba a los borrachos del bar y no a niños moribundos que no conocía de nada, pero que teníamos que salir de dudas. Debíó de alzar mi brazo y soltarlo, alzar y soltarlo, y hasta me tapó la nariz con dos dedos. Entonces, siempre según el relato de mamá, otro tipo rudo de esos que apestaban a humo me examinó las pupilas y dijo que yo respiraba menos que los enchufes de su casa, y que si lo que necesitábamos era una auténtica comprobación, podían mantearme entre varios y dejarme caer al suelo, porque no existía la más mínima posibilidad de que eso me afectara. Entonces mi madre los empujó o se abrió paso entre ellos. Llevaba mi cuerpo agarrado por la chaqueta, es lo que sé, y me arrastraba por un suelo lleno de servilletas, y cuando se vio en la calle, ignoro de qué modo, convenció al primer coche que pasó para que nos devolviera a casa.

El cuaderno rojo, 2. Me despertó el olor de la cocina, que nadie en casa tardaba en reconocer. Olor del arroz de pescado que mi madre cocinaba cuando, siempre según ella, el mundo solo le dejaba dos opciones: despellearse los nudillos

contra los armarios, y pelar gambas como si ardieran las calles. Mamá desnudaba gambas muertas, y la cazuela donde hervían las raspas de pescado y la cebolla y el puerro pintado con especias dejaba salir un olor lamentable, que circulaba por el pasillo y se metía en los cuartos. Yo salía, con mi pijama, con mis legañas o lo que fuera y, no sé cómo, entraba en la cocina en el preciso momento en que mi hermana, sentada frente a mamá, le hacía la pregunta de siempre. «¿Por qué pones las cáscaras de las gambas en el cajoncito del alpiste del loro?», y mi madre respondía sin mirarla que las cáscaras están compuestas de celulosa, van directas al intestino y no intoxican. Decía que es como si comes papel. «No hace daño». Y añadía: «Este tío se lo traga todo».

Mamá se refería al loro con «este tío». Nunca le enseñó saludos ni refranes ni nada por el estilo, lo trataba como si fuera un primo lejano. Cuando ya había pelado todo lo que se podía pelar, le arrancaba con un palillo el intestino a cada gamba, que es esa línea negra que tienen en el abdomen, y los iba apartando en un plato. A mí me parecía imposible que esas minucias intoxicaran a alguien, pero los intestinos albergan bacterias por definición, es lo que aseguraba ella. «Viven en ese tubo orgánico y no pagan más precio por ello que la oscuridad de ahí dentro, si es que eso es un precio». Sobre las gambas también afirmaba que devoran las porquerías del mar, arena del fondo y grumos de combustible, pero creo que lo decía porque el ambiente en la cocina podría reproducir el de una plataforma petrolífera: nubes de gases o de hidrocarburos sin licuar. Un olor amenazante y sin embargo, a pesar de que tenía la potencia necesaria para despertarnos, te acostumbrabas a ello (los olores nefastos

atraen: yo lo achaco a que son un misterio que nos ofende, que nos extraña).

Al parecer, la madre de mi padre le había enseñado la receta, según ella típica del norte de Lituania, aunque no hay modo de saberlo. Lo que sí recuerdo es que mi madre cocinaba el arroz sin tener nada que ver con Lituania, sin haber estado allí ni descender de lituanos. Lo cocinaba porque se deprimía, porque le evocaba imágenes de un país que no había visitado y en el que jamás pondría los pies. «Si un día me invitan a Europa, entraré en Letonia diez veces, con tal de no saber nada de Lituania», nos advertía, y a mí no me parecía extraño que almacenara recuerdos de sitios que no había visitado, porque la alegría y la tristeza y la rabia se manifiestan en las personas con la misma pulsación del ánimo. Al menos yo lo creo así: hay un suelo colectivo de emociones que todo el mundo pisa.

No recuerdo qué día era, lo único que recuerdo es que se nos había estropeado la radio y eso hacía que nada en la cocina encubriera la tensión de mamá. La televisión estaba encendida pero el sonido no llegaba desde el salón, y yo quería pensar en la muerte. De esto sí que estoy seguro: quería pensar en la muerte un rato largo y a solas, con la puerta cerrada por dentro y sin ruido de fondo, pero al mismo tiempo me sentía indefenso ante esa bolsa oscura, porque no se me ocurría una idea clara para fijar una opinión, una sensación. Mi madre ordenó que nos sentáramos a la mesa y comiéramos lo más rápido posible, no importaba que nos mordiéramos la lengua o nos mancháramos la camisa, y mi hermana pidió permiso para lavarse las manos pero mi madre prohibió tanta limpieza y dijo que lo del plato solo era arroz. Ni siquiera

preguntamos si esperaríamos a papá, porque llevaba fuera un período lo suficientemente largo como para echarlo de menos a ratos, a impulsos, en momentos muy concretos del día que parecían desgajados de cualquier continuidad temporal.

Después vimos un reportaje en la tele en el que hacían cálculos bastante precisos sobre la cantidad de basura espacial puesta en órbita por Estados Unidos y por la antigua URSS, que flota por ahí dando vueltas como pequeños planetas. Restos de cohetes, satélites obsoletos, fragmentos de explosiones, la voz del locutor avisaba del riesgo de colisiones y de perturbaciones en los campos gravitatorios del espacio. También hacían una proyección de futuro en la que la basura se multiplicaba por mil o por un número que no puedes retener si piensas en dinero o en años o en algo contable. Le dije a mi hermana que esos vaticinios me parecían escalofriantes, no es que lo pensara, era que el sobrecogimiento del locutor del documental me arrastraba a este tipo de expresiones de pánico y de enojo, pero ella me hacía muecas continuamente. Se llevaba la palma de la mano a la boca y abría mucho los ojos y después arrugaba la nariz y me sacaba la lengua, incluso se dio la vuelta y me enseñó el culo, y a mí, en ese momento, me apetecía envenenarla, pero mi madre nos estaba mirando apoyada en la ventana del salón. En realidad, ese día mi madre me miraba sin ningún tipo de disimulo ni de pausa. Yo estaba tranquilo, más cansado de lo normal y no recuerdo qué era lo que había ocurrido el día anterior. Es decir: que ese día no recordaba lo del día anterior y mi madre, de vez en cuando, me ponía la mano en la frente y examinaba el color de mis pupilas y le ordenaba a mi hermana que me dejara en paz. Después, encendía otro cigarro y miraba por

la ventana y de vez en cuando giraba la cabeza en dirección a la tele. Exhalaba el humo en el interior del salón y decía: «A este planeta lo envuelve la basura. Cuando acumulen toda la chatarra en un solo país, nos iremos todos a la mierda».

En mitad de este recuerdo, mi hermana estaba tirada en el suelo, con el botecito de laca de uñas delante de ella. Era tan perezosa que ni siquiera lo había abierto, yo creo que estaba convencida de que los botes de laca se abren de manera espontánea como las botellas de champán: hay como un vínculo directo entre tus deseos y los útiles de belleza. Se miraba los dedos de los pies y los estiraba, los separaba, los imaginaba de distintos colores, como un arco iris que naciera en un pie y terminara en el otro, pero aparte de esas proezas no hacía nada más. Decía que una profesión bastante interesante sería la de responsable de catalogación de objetos espaciales. Por colores, por peligrosidad, por texturas, con parámetros específicos aunque variables, y eso estaba bien por el momento, pero después añadía criterios absurdos. Absurdos para mí, para ella no tanto, decía que se podría catalogar la basura espacial considerando lo que puedes meter en un cubo de playa y lo que no, o lo que se enfría sin problemas en una nevera portátil y lo que no, o lo que le puedes dar de comer a papá sin que se queje, y entonces mi madre ordenó silencio. El documental aseguraba que a finales de 2011 cerca de doce mil objetos de más de cinco toneladas darían vueltas con nosotros, participando del fenómeno del día y la noche y quién sabe si también de las estaciones, y yo me imaginaba pescando todo eso desde la Luna. Sentado en un cráter, con una escafandra en forma de visera, con una caña espacial hidráulica o motorizada o magnetizada, y esperando los tirones del sedal.

El teléfono se mantuvo mudo toda la tarde, lo recuerdo porque, cuando ya hacía rato que había oscurecido, mi madre tocó el auricular y se dio cuenta de que estaba mal colgado, y entonces le echó a mi hermana una de esas broncas que se cierran de un portazo. O con recriminaciones mutuas, ajenas a nada de lo que cada una de ellas hubiera hecho en el pasado para contravenir el concepto familiar de bien o de mal, recriminaciones que estaban relacionadas con su aspecto físico, con sus manías o con los hábitos de los familiares que nunca soportarás (los de mi madre: congelar embutidos sin tener en cuenta la fecha de caducidad y enjuagarse el pelo con vino blanco; los de mi hermana: leer sus cartas, memorizar párrafos enteros y, de madrugada, aterrorizarse en la cama cuando crujían los listones de madera del parque). Mi hermana entró en el baño y tiró por el suelo un cubo de agua sucia que nadie había vaciado, lo hizo para fastidiar, porque una espuma demasiado negra empezó a salir del baño, y después las paredes temblaron cuando se marchó. Yo pensé que si un día las bisagras de la puerta reventaban y caían al suelo, podríamos enviarlas al espacio para sumarlas al fuselaje radioactivo de los cohetes, antes de que –tal y como aseguraba mi madre– toda esa mierda se precipitara sobre nuestra coronilla.

En realidad, me aburría.

Las persianas, ahora sí, estaban bajadas, la tarde caía lentamente y yo seguía sintiendo calor en las mejillas. Mamá, que ya había fregado el suelo del baño, estaba fumando otro cigarro. Le propuse una partida a las cartas: dijo que no. Le supliqué que me dejara salir a la calle un par de horas: no. En venganza no dejé que me tomara la temperatura y le menté fingiendo náuseas y un mareo. Mi madre cuadró los

hombros y se puso muy seria –casi puedo verla ahora subida a un pedestal– y ordenó que esa noche todo el mundo se acostara temprano. No solo nosotros: todo el planeta. Y que si no cenábamos ninguno de los dos –a mi hermana no la tenía en cuenta– le haríamos un gran favor porque cocinar esa mierda de arroz tan folclórico la había puesto muy nerviosa. Intenté ver una película del Oeste, con esos tipos duros que sobreactúan para olvidar la electricidad que los acalambra por dentro, como si pudieran sacarse de encima sus complejos de inferioridad con gruñidos y con escupitajos. Pero no la terminé: demasiada sangre en la arena. Mi madre se encerró en el baño para escribirle otra carta a mi padre –el tercer intento de ese día– y yo sentí un temblor en las piernas. Entonces me derrumbé sobre la alfombra.

El cuaderno rojo, 3. Mamá debía de estar vigilante, porque cuando desperté, la puerta estaba abierta y oía sus tacones viniendo desde el salón. Subió las persianas, abrió la ventana y el frío entró a empujones en el cuarto. Pensé: la paz interior de la mujer que me trajo al mundo la alimentan mis resfriados. Porque para ella no existían el calor ni la nieve: el clima era una tarifa plana del aire, una incidencia nimia que de ningún modo le impedía cantar por encima de la radio. Dejé a un lado el paño húmedo que traía en la mano, se sentó al pie de la cama y encendió un cigarro. No estiró las piernas porque estaba tensa, era imposible no darse cuenta y entonces, a pesar del aturdimiento, asumí que lo que se esperaba de mí esa mañana no era la comunicación con la mayor claridad posible de la ausencia de novedades, porque, aunque

era milagroso que todo siguiera en su sitio –las maquetas en las estanterías y el patio interior afuera de la ventana–, otra cosa acaparaba su curiosidad. Mi madre señaló el número de mi brazo. «Pareces un criminal de guerra», dijo, y mi respuesta fue que, en todo caso, parecería un deportado. «¿Adónde deportado si estás en tu propia cama?», respondió y ya estaba valorando el matiz cuando se me echó encima, en un primer momento creí que para unas cosquillas –madre amiga de sus hijos antes que madre, sin pudor de ningún tipo para jugar con ellos al pilla-pilla– pero qué va. Lo que hizo fue borrar-me el número del brazo con un trapo empapado en alcohol. «Mira qué gracia, la tinta ha pasado a la sábana». Después me miró fijamente, como si no me reconociera, como si no nos justificara la historia vivida en común de los catorce años anteriores, y le dije que por su culpa ahora tenía la piel del brazo en carne viva y que, de todos modos, no había nada que explicar.

Me levanté y busqué el baño de la casa, pero mi hermana estaba sentada en el retrete afeitándose los tobillos. Con la excusa de estrecharle la mano la saqué al pasillo y abrí el grifo de la ducha. Veinte, treinta minutos de agua resbalando por mis mejillas, ahora sí, recordando a Estela. Ni fea ni guapa, Estela, quizás un poco ruda. Tenía una chaqueta de punto de la que se desprendían bolitas de lana y llevaba el pelo corto, a la francesa y muy mal peinado –puedo asegurar que esa contradicción es posible– y aunque no usaba gafas, hubiera jurado que la marca de su nariz le había excavado un puente de plástico. No había sido especialmente cortés, la hermana de mi madre nos había presentado el día anterior sin demasiada euforia –ninguna euforia– y ella se había limitado a

abandonar su mano sobre la mía un par de segundos. Tengo que decir que esa apatía me había transmitido una idea: «No es un taller de reparaciones para tus herramientas, mi mano». Mientras el agua caía pensé que quizás Estela había actuado con ese desprendimiento por sí misma y por sus extremidades porque tenía los dedos ásperos, creo que estropeados por la nicotina, con rugosidades, y mientras tanto me venían a la cabeza la palabra amoníaco y la palabra desinfectante, supongo que por asociación de ideas, aunque quizás nada de eso sea correcto y solo estuviera improvisando una lógica para las cosas del día anterior.

Mi madre y su hermana se pusieron a mirar unos documentos. Mamá había sacado una lupa bastante sucia de un cajón y Estela, que se había sentado al lado de mi tía, les había dicho que el mejor modo de limpiar la lente era escupiendo, después se había quedado callada, ni asumiendo ni rebatiendo las increpaciones de mi tía. Solo estaba ahí, frotándose los brazos, así que me abrí paso porque me moría del aburrimiento, sorteando la mochila de Estela, que estaba en suelo.

Creo que si a continuación Estela no hubiera entrado en mi cuarto para fumar, todo habría acabado ahí, pero pidió permiso. Me contó que trabajaba en un almacén de embalado y de producción de porcelana, un trabajo desquiciante en el que la manipulación de las soperas y de los platos pintados a mano exigía mucha delicadeza, y precisamente ahí radicaba la dificultad: en la nave industrial trabajaban a trece grados de temperatura y a partir de la segunda hora se le enfriaban los dedos. Se le ponían morados incluso, y me los enseñó. ¿Por qué me contaba esto? Ni idea. Era española, nacida en la costa, y aunque había vivido en muchos sitios, nunca en

Milán, ni en Madrid, porque siempre evitaba las ciudades que empiezan por la letra eme (eme de mierda y de mamá y de maravilloso). La primera vez que se escapó de casa fue después del almuerzo. Su teoría era que los rebeldes vocacionales se fugan al amanecer, pero la experiencia le había enseñado la inmensa gilipollez –decía gilipollez y mamónada y cerraba cada frase con un «esto es así»– que suponía echarse a la carretera en el momento en que los camioneros están descansados, porque ni te imaginas qué se les ocurrirá para humillarte. Se fugó con el estómago lleno, evitando los vehículos que se dirigían a Madrid y se pasó seis meses en un pueblo de Andalucía cepillando los caballos de un señorito –lo dijo así: señorito– que la alojó en una tienda de campaña detrás de los establos. Después habló de Holanda, un país cuyas calles huelen a comida, como muchos otros de Europa (dijo que Francia huele a sardinas y Holanda, a mostaza, y Rusia, a sopa de cebolla, y Bruselas, a azúcar caliente). No lo decía porque Ámsterdam hubiera sido su siguiente destino sino porque había tenido un novio irlandés que tocaba la armónica por los bares de Sevilla, un aprendiz de esquizofrénico –así lo definió ella: un aprendiz de esquizofrénico– empeñado en convencerla de que los dos vivirían de lo que él ganara pasando la gorra. Le prometió una casa con habitación de invitados y calefacción central y dos cunas de madera, como si Estela fuera de las que se morían por conquistar a un banquero. Según ella, Holanda había sido invadida por los puestos de perritos calientes y otras mierdas saturadas de grasas –«parece Brooklyn»–, y quería saber si yo conocía Nueva York. A mí me hubiera gustado hacerle saber que yo apenas salía de casa. Y cuando lo hacía, era como si

irradiara radioactividad por las noches, porque regresaba en cuanto caía la luz, no importaba lo que estuviera experimentando o cómo mi figura se imbricaba entre el resto de cuerpos andantes de la calle. Pero no respondí. Bueno sí que lo hice: expresé el vivo deseo de visitar Brooklyn, no así Ámsterdam, que huele a mostaza, y también España y Ciudad de México y, por qué no, Sicilia, que es una isla que el tío Montes había visitado de soltero.

Estela dijo que el norte de España huele a castañas asadas, e Italia, a azafrán. Creo que le caían bien los hombres melancólicos porque no regresó con mi madre y con mi tía al terminar el cigarro. «Tienes un cuarto extraño», dijo. «Con estas maquetas horribles de aviones y de avionetas». Las maquetas eran de mi padre, yo las mantenía en las estanterías porque mi madre había pretendido quemarlas y en una ocasión incluso las embolsó y llamó al cura de San Enrique para que se las regalara a los pobres (ignoro qué uso le podrían dar a esas avionetas los vagabundos de Buenos Aires). Ella respondió que, sin duda, el idioma más estúpido del universo es el holandés. ¿Por qué?, le pregunté, pero cambió de tema. «¿Has pensado alguna vez que se puede recelar de una soperá?», me preguntó. Me reí, claro, aunque no se tratara de un chiste. «Te juro por mi madre que odio las soperas, como objeto, quiero decir», y las describió decoradas con escenas campestres, patos y cisnes remontando el vuelo sobre empresarios del siglo XVII que tienen la tarde libre y meriendan cestas de bayas en la pradera. Describió los tonos azules claros, los rosas, los amarillos. Todos colores sin sangre. «¿Has visto alguna vez un charco de sangre?», preguntó. «No me refiero a una manchita, sino a una línea de gotas sobre una

camisa, a una verdadera herida en el pantalón. Me refiero al color tan brillante con que se derrama la sangre en la nieve antes de apagarse». Alguien de la familia de mi madre, una prima hermana o algo así, tenía la manía de morirse o de casi morirse a causa de hemorragias estomacales, aunque eso no tenía nada que ver con la poesía de la nieve. Estela dijo: «Pues eso es lo que jamás de la vida encuentras en las soperas. El mundo no se ha coloreado con tonos apagados que ni siquiera se ven en la mesa el día de Navidad, cuando las velas los ensombrece. Los colores del mundo están grabados con viveza, con rugosidad. No los reparten sobre superficies pulidas».

Entonces sacó un rotulador grueso del bolsillo del pantalón y se dibujó en el antebrazo lo que parecía un río y yo dije que había leído que cuando la gente se muere no ve luz ni oscuridad, ni siquiera colores. Cuando a la gente se le detiene el corazón, el concepto de color queda fuera de lugar y, aunque me daba la impresión de que lo estaba explicando con torpeza, como si manejara información de segunda mano, noté que a ella le interesaba. Me pidió permiso para encender otro cigarro y se sentó en mi cama. Continué: «No es que no aparezca la escala cromática, es que da la impresión de que la vista se escapa, como si no hubiera donde centrar la atención porque las cosas del pasado y los presagios de futuro pierden relieve». Estela se sacó el cigarro de la boca y me dijo: «Tío, tú eres un poeta», y volvió a mirar los aviones de mi padre, que ahora le parecían aún más feos. En realidad, daba la impresión de que estaban aumentando de tamaño, de que nos iban a comer a aquella extraña mujer y a mí.

A continuación, dijo que estaba harta de cargar con sus cosas de un sitio para otro y que por eso estaba proyectando

un viaje a México, un primo de su madre daba clases de inglés allí, y barajaba establecerse con él una temporada. Aprendería inglés en la academia y le ayudaría con las fotocopias o con las matrículas, se le daba muy bien la pronunciación, de pequeña todo el mundo la aplaudía cuando imitaba el acento de los presentadores de la tele. Haría lo que fuera, aseguró, con tal de recuperar la sensibilidad de sus dedos, los de las manos y los de los pies.

Entonces se acercó a la puerta con sigilo, como una gata, y nos dimos cuenta de que mi madre y su hermana nos estaban escuchando desde el pasillo, debían de llevar un buen rato, así que Estela tiró uno de los aviones por la ventana. Pero la maqueta cayó en picado. Solo eran unas chapitas de madera pegadas con cola industrial precipitándose hacia el patio interior del edificio, ajenas a su aspecto. Estela cogió mi brazo y me escribió el número de teléfono de un amigo suyo con unas cifras enormes. «Llámame aquí», me dijo. «Siempre necesito compañía. Contestará un gilipollas pero tú deja recado y ya te tocaré yo el timbre. Eres un poeta, tío». Después dijo que se le estaba haciendo tarde, que eran las siete y media y, a pesar de que mi tía trató de frenarla, se abrió paso entre las dos mujeres en el pasillo. Eso es lo que había pasado y después de la ducha, mi madre me aseguró que había visto a Estela meterse bajo el abrigo un reloj de bronce que la madre de mi padre les había regalado el día de su boda, un reloj horrible con forma de león que nunca funcionaba, pero yo lo dudo, la verdad, porque pesaba como doce kilos. Mi madre me prohibió que la viera de nuevo y eso hice, olvidarme del maravilloso olor a barro de aquella mujer.

El cuaderno rojo, 4. El último año de Bachiller, con el curso agonizando, el claustro de profesores nos invitó al instituto un sábado por la tarde. Colocaron una mesa en el pasillo de las aulas, la forraron con un rollo de papel y el jefe de estudios la llenó de patatas fritas, de Coca-cola y de empanadas sin apenas relleno. Nos habían pedido que vinieran nuestros padres, así que todos comparecimos preocupados por el rubor que fluiría desde ellos hasta nosotros. De hecho, algunos se presentaron con corbata y con gemelos del tamaño de una tostadora, y algunas mujeres llevaban unos peinados que mi madre no le habría recomendado ni a la oveja más desaliñada de la Patagonia. Cuando todos rodeábamos la mesa, el profesor de Filosofía comenzó con que los alumnos nos encontrábamos en el final de algo. En realidad, no se trataba de una manía filosófica: los otros profesores lo habían repetido muchas veces durante el curso, por lo que todos estábamos deseosos de que ese final nos rebasara de una vez. Por el momento teníamos las manos ocupadas con las patatas fritas y nos limpiábamos los dedos en la chaqueta de los profesores. Mi hermana le dijo a una madre que nadie sabe ni sabrá nunca cuándo llegan a su término las etapas: lo que tomamos como un final a veces no es sino el rutinario desarrollo del destino, todo resulta enigmático y nada termina nunca. Creo que esta fue una de las dos o tres ocasiones de mi existencia en que aprobé una opinión de mi hermana, pero la madre aclaró que el profesor se había referido al salto a la universidad o al CBC. Mi hermana contestó que ella también pensaba en el CBC, concretamente en la exigencia del estudio entre las incertidumbres de la vida. «De todos